

1 de julio de 1992

A los
Directores del Servicio
Espíritu de Profecía
de los campos de la Unión Austral

Muy apreciados hermanos en Cristo:

En primer lugar me sirvo de esta oportunidad a fin de saludarlos cordialmente y comunicarles algunas cosas que son de interés para la tarea que desempeñamos en este área.

En este año 1992, el día de Espíritu de Profecía será el 17 de octubre. Deseamos que en todas las iglesias y grupos de esta Unión se predique el sermón que estamos adjuntando y que esperamos puedan multiplicar en cantidad suficiente. El sermón adjunto fue predicado por el pastor Jaime White en 1870 y se titula "El trono de la gracia". Seguramente su contenido será de bendición para los hermanos. Acompaña a este sermón una breve biografía del pastor White, gran predicador adventista del siglo XIX. Esta biografía puede ayudar a enmarcar el sermón históricamente.

En realidad este sermón es parte de una colección de doce sermones predicados por diferentes pioneros adventistas del siglo pasado. Dicha colección aparecerá en un libro que acabamos de traducir aquí en el Centro White y que ya está en imprenta. Quisiéramos que este libro de algo más de 200 páginas, y que se titulará *Sermones de Pioneros Adventistas* llegue a todas las iglesias y que los hermanos tengan la oportunidad de comprarlo. Por tal motivo canalizaremos a través de Uds. la promoción de este libro que saldrá en breve y de otros materiales del Centro White. Próximamente les enviaremos materiales e informaciones al respecto. Desde ya valoramos enormemente lo que Uds. harán en este sentido. De paso quizás al enviar el sermón a las iglesias ya puedan dar un pequeño anticipo del libro mencionado.

Suplicando al Señor que bendiga y prospere vuestro ministerio, queda a vuestras órdenes en el Señor,

Víctor Casali
Director de Espíritu de Profecía
Unión Austral

c.c.: Presidentes
VC/scsr.

JAIME WHITE

Síntesis Biográfica (1821-1881)

Este sermón fue predicado por el pastor Jaime White el sábado 5 de marzo de 1879 en el tercer edificio de la Iglesia Adventista del Séptimo Día que se levantaba en Battle Creek, Michigan. Construido en 1866 en un lote ubicado en diagonal con la casa publicadora, la iglesia medía unos trece metros por veinte y costó U\$S 8,100. Con el tiempo, se agregó un balcón que permitió una capacidad de 500 a 600 personas sentadas. Este fue el primer edificio de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Battle Creek que tuvo una campana. Colgaba de una pequeña torre redonda en la parte superior del techo del edificio. La campana sonaba a la puesta de sol cada viernes y sábado de tarde para anunciar el comienzo y el fin de las horas del sábado.

Jaime White, co-fundador de la iglesia Adventista del Séptimo Día, nació en Palmyra, Maine en 1821. A sus tempranos veinte años, llegó a ser un ministro Adventista Millerita. Fue sólo dos años después de que se produjo el Gran Chasco de 1844, y poco después de su casamiento con Elena G. Harmon en 1846 que Jaime White aceptó el descanso del séptimo día.

Poseedor de una aguda visión, Jaime White comenzó la publicación de periódicos, construcción de instituciones, y viajó ampliamente predicando en iglesias y alentando a los fieles. Entre los periódicos e instituciones que ayudó a fundar se encuentran, *The Present Truth* (1849); *The Advent Review* (1850); the *Second Advent Review and Sabbath Herald*, luego denominada *The Advent Review* (1850); la Asociación Publicadora Review and Herald --que comenzó también originalmente con otro nombre-- (1852); *The Youth's Instructor* (1852); el Colegio de Battle Creek (1874); *The Signs of the Times* (1874); y la Asociación Publicadora Pacific Press (1875). También escribió varios libros y cientos de artículos para varios periódicos de la iglesia, sirviendo también como presidente de la Asociación General por un total de diez años. Murió en 1881 a la de edad de sesenta años en Battle Creek, Michigan.

Jaime White era un orador dinámico y popular. Alguien que de niña escuchó al pastor White hablar lo recuerda como una persona amable con todos. Aunque era un cristiano serio y ferviente, también recuerda que no siempre era solemne. Dice que relataba las cosas en una forma que se las recordaba --para que quedaran fijas en la mente. La audiencia le prestaba atención por la forma en que él hablaba. También recordaba que algunas veces el pastor White entraba cantando -incluso en el Tabernáculo de Battle Creek- para iniciar el culto.

Otro que recuerda a Jaime White comenzar sus reuniones descendiendo por el

corredor y cantando era el pastor W. A. Spicer:

Me acuerdo bien, cuando muchacho, que estaba sentado en nuestra iglesia a la espera del predicador. Nuestros respaldos daban a la puerta de calle, y el ministro ingresaba por allí. Entonces de repente el silencio se rompía por una melodía dulce y una fuerte y firme voz, cantando un himno familiar. Puedo visualizar al cantor ahora, Jaime White, de cabello blanco, descendiendo por el corredor con su Biblia y cantando. . . . Para cuando iba terminando la primera estrofa y coro, la congregación había sido ya atrapada y llevada por el mismo espíritu, y se le unía. . . . [W.A. Spicer, *Pioneer Days of the Advent Movement*, pp. 146, 147]

Aunque Jaime White era un orador tremendamente popular en los encuentros de iglesias, el sabía cuando había llegado a su límite! En Hamilton, Missouri, en 1870, Jaime y su esposa Elena tuvieron una serie de reuniones de fin de semana en la iglesia Metodista. Ambos hablaron varias veces durante los tres días. En la reunión del viernes de tarde Elena habló a un multitud en el salón. De hecho, muchos tuvieron que retirarse por falta de espacio. Ella habló nuevamente después de la puesta del sol del sábado a la tarde y se anunció que hablaría sobre el tema de salud la tarde del domingo.

Mucho antes de la hora señalada para la reunión del domingo, el salón estaba tan colmado de gente que se temió que cediera el piso. "Dividan a los predicadores", gritó alguien. La sugerencia era que Jaime tomara parte del grupo y les hablara en un lugar de reunión cercano. Pero no aceptó. Aparentemente estaba preocupado de que no satisfaría las expectativas de su audiencia! Las mujeres como oradoras no eran muy usuales en Missouri en ese entonces, así que era muy dudoso que alguno aquel día se perdiera la oportunidad de escuchar a Elena. La situación se resolvió finalmente cuando la congregación se trasladó a espacios más grandes.

Incluso cuando recién comenzaba como un joven predicador Millerita en sus tempranos veinte años, Jaime White siempre ponía su ser entero en su predicación. El describió lo que sucedió una vez que estaba terminando una reunión cuando tenía 21 años de edad:

. . . El poder de Dios vino sobre mí a tal grado que tuve que sostenerme con ambas manos del púlpito. Fue una hora solemne. Al ver la condición de los pecadores, perdidos sin Cristo, los llamé con lágrimas, repitiendo varias veces, "Ven a Cristo, pecador. . . antes de que sea demasiado tarde, . . . ven". [Jaime White, *Life Incidents*, p. 87]

El pastor W. A. Spicer recuerda así sobre Jaime White:

El era ferviente en el trabajo personal por las almas. En los encuentros campestres de la década de los setenta [1870], en el viejo cercado en Battle Creek, lo vi descender de la plataforma al asiento del frente (los asientos no tenían respaldos), y luego rápidamente ir de asiento en asiento, hasta llegar al lado de algún hombre cuyo aspecto evidenciaba que el Espíritu Santo estaba trabajando en su corazón para llevarlo a tomar una decisión en ese momento y allí. No había temor de hacer lo que no era convencional cuando se trataba de ayudar a un alma. [W. A. Spicer, *Pioneer Days of the Advent Movement*, p. 159]

Veamos el inusual e interesante incidente que ocurrió cuando Jaime White estaba hablando una vez en una reunión campestre. Una fuerte lluvia comenzó a caer haciendo que fuese casi imposible que alguien lo escuchara.

"Cantemos mientras esperamos que la tormenta ceda", sugirió Jaime. "No durará mucho". Así que todos cantaron, y no pasó mucho tiempo hasta que la lluvia paró y el pastor White pudo retomar su sermón. Estaba tan inmerso en lo que decía que descendió de la plataforma. ¡Pero esto no lo detuvo! Se levanto, subió a la plataforma y se mantuvo predicando todo el tiempo. ¡De hecho, Jaime White ubicó el incidente dentro de su sermón tan bien que muchos de la audiencia pensaron que lo había planeado de esa forma!

En el funeral de su esposo, Elena de White recuerda su último viaje juntos unos pocos días antes de su muerte. Ella dijo:

El trabajó en las reuniones de Charlotte, [Michigan] presentando la verdad con claridad y poder. Habló del placer que sentía al dirigirse a personas que manifestaban tan profundo interés en los temas más preciosos para él. [Elena de White citado en *In Memoriam, A Sketch of the Last Sickness and Death of Elder James White*, p. 57]

Y ¿cuáles eran estos temas tan preciados para él? El veterano amigo y colega de Jaime White, el pastor Urías Smith, quien diera el sermón fúnebre los delineó de la siguiente forma:

Las maravillas de la redención; la posición y obra de Cristo como uno junto al Padre en la creación, y en todas las dispensaciones pertenecientes al plan de salvación; y finalmente, las glorias de la restitución que viene. . . [Urías Smith, citado en *In Memoriam*, p. 36]

EL TRONO DE LA GRACIA

Jaime White

Predicado el 5 de marzo de 1870

Texto: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro." Heb. 4:16

Es nuestro privilegio acercarnos hasta el trono de gracia. Y podemos acercarnos a este trono con audacia. Es un trono de gracia. Es donde se dispensa la misericordia. "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia".

Los pecadores deben acercarse ante un trono de misericordia y gracia. ¿Para encontrar justicia? No, para encontrar gracia, para hallar perdón, para alcanzar misericordia. ¿Vamos allí para obtener el pago por lo que hemos hecho? No, para nada. Después de haber hecho todo lo que hayamos hecho, no somos sino siervos inútiles. Se nos invita a venir donde podemos encontrar gracia, no un pago. Es nuestro privilegio encontrar misericordia y gracia.

Otro punto de interés en este texto es que podemos hallar gracia para el oportuno socorro; o ayuda cuando necesitamos auxilio, y misericordia y gracia cuando estamos en gran necesidad. ¡Qué privilegio!

¿Pero cómo se inicia este capítulo? "Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado." El apóstol se refiere a los hijos de Israel, a quienes se les había predicado el evangelio, pero no proliferó porque no mezclaron la fe con el oír. Fallaron debido a su incredulidad. Temamos entonces. Ahora, el temor es un elemento de nuestra naturaleza. Es correcto que tengamos temor. Es más seguro en momentos de peligro que se incite nuestro temor. Se nos exhorta incluso a tener temor. ¿Temor de qué? No debemos temer que Dios no nos escuche cuando oramos. No, no debíamos, porque se nos invita a acercarnos al trono de gracia, incluso con audacia. Sus oídos están siempre abiertos. No debíamos temer de que el Señor sea incapaz de salvar. Es capaz de salvar hasta lo sumo.

La experiencia ¿podría decir? de nuestro Señor Jesucristo aquí en este mundo muestra la fuerza de Dios, y los poderes que están reservados para salvar a los hijos de los hombres, que caminan delante de él con temor. Cristo tomó sobre sí nuestra naturaleza, fue nuestro modelo de vida, pasó bajo el poder de las tentaciones de Satanás, las cuales venció, y obtuvo la victoria sobre los poderes de las tinieblas. Se lo escarneció en la sala de juicio, y se lo condenó. Los clavos traspasaron sus manos

y pies. El cielo lo sostuvo en todo momento. Murió en la cruz. Fue puesto en un sepulcro nuevo, una piedra pesada fue puesta en la puerta y se colocó un sello sobre ella.

Todo lo que los hombres y los demonios podían hacer se hizo para asegurar las cosas, para probar el poder de Dios. Pero en la mañana del primer día de la semana, un ángel descendió, vestido con poder. Quitó la piedra y el sello. Otro ángel entró al sepulcro y desató las vendas; y luego se escucha una voz que ordenaba al Hijo de Dios que salga. Y él se levantó de los muertos, triunfante sobre la muerte y el poder de la tumba. Y finalmente, es llevado ante el trono de Dios, donde vive para siempre para ser nuestro intercesor y compasivo sacerdote. Tenemos esta evidencia, amigos cristianos, en la manifestación del poder de Dios en la historia de Jesucristo, hace dieciocho siglos que hay poder para salvar pecadores, para salvar hasta lo sumo. Así que no teman en cuanto a esto.

Pero temamos, al menos, por una promesa que se nos ha hecho de entrar en su reposo, de alcanzarlo. No necesitamos temer que haya en reserva suficiente poder para salvarnos. La sangre del sacrificio divino es suficiente, si nos apropiamos de sus méritos, para quitar de nosotros todo pecado. Sí, el que pudo levantar a su Hijo de la muerte tiene poder en reserva para levantar toda la sangre derramada, aunque hayan pasado por el dominio de la muerte. No necesitamos temer en este sentido.

No necesitamos temer en cuanto a la falta de amor en el cielo para los pecadores. Si Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él también todas las cosas? En otras palabras, después de haber entregado el mayor don que el cielo pudiera dar, ¿no tendrá en cuenta a los más pequeños? No. En el don del Hijo de Dios, tenemos una señal del grandioso amor de Dios hacia los pecadores. No hay falta de amor por parte de nuestro buen Dios, por tanto, no hay porqué temer al respecto.

No obstante es correcto temer. No hay pecado en temer de la forma correcta. Entonces es correcto, y es una virtud. En la forma incorrecta, el temor es clasificado como un crimen. "Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas", etc., serán arrojados al lago de fuego. Cuando tenemos tantas evidencias del poder de Dios y del amor de Dios para salvarnos, el temer que no nos salvaremos, por falta del amor y poder de Dios para salvar pecadores, es un pecado condenable. Los temerosos, que no pueden confiar en nuestro grande y poderoso Dios, ese temor que duda de su amor, su cuidado, su poder, que no cuida el alma, el cuerpo, la propiedad, la reputación del que confió y todo lo que se deja en sus manos, irá con los incrédulos y abominables al lago de fuego. Es un pecado condenable temer en ese sentido; no obstante debiéramos temer, al menos, de una promesa que se nos hizo de entrar en su reposo, cualquiera de nosotros puede acercarse al mismo.

Es correcto temer, al menos en cuanto a haber fallado en hacer nuestra tarea. Hay virtud en esta clase de temor. Es correcto vigilarnos a nosotros mismos con un cuidado celoso, y con gran temor, no sea que ofendamos con nuestra lengua. ¡Oh, ese miembro ingobernable! ¡Conversaciones temibles y descuidadas! ¡Ese terrible pecado entre los hombres! ¡Es como un granizo desolador o un fuego incontrolable! Debíamos temer no sea que nuestras palabras sean incorrectas; no sea que ejerzamos

una mala influencia sobre otros; no sea que nuestras palabras tengan una mala influencia sobre nosotros mismos. No permitan que sus oídos escuchen palabras corruptas, bajas, airadas, vanas. Teman, no sea que vuestras propias palabras, sonando en vuestros propios oídos, corrompan vuestro propio corazón; y teman, no sea que vuestras palabras corrompan a otros.

¡Oh! ¡Cuánto chisme, charla, parloteo, discusión, hay en el mundo por poco y nada! Hay más daño hecho por discusión, incluso entre profesores de religión, que en cualquier otra cosa. Tomen la Biblia, amigos, y teman violar lo que Dios ha dicho referente a vuestra lengua y conversación. Simplemente llévenla a su casa y traten de ponerla en práctica. Temamos el corazón incrédulo y dudoso, y la mente corrupta.

"Por tanto" dice el apóstol, "despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe." Pablo hace bien en avanzar en el capítulo y darnos numerosos ejemplos de fe. Lean Hebreos 11 y 12, y estarán de acuerdo conmigo que lo que Pablo llama como pecado que tan pesadamente nos acosa es el pecado de la incredulidad.

He oído a ministros decir que una persona tiene un vicio y otra tiene otro. Una persona tiene esta flaqueza, que es su vicio; otra tiene aquella falta, que es su vicio. Pero esto no coincide con la doctrina establecida aquí por el apóstol. ¿Tiene Ud. una lengua mala? Ese es uno de los lastres a los que él se refiere. Es como una piedra de molino cuya sogá está atada alrededor de su cuello. ¿Tiene Ud. mal temperamento? Es como un yunque de herrero que cuelga sobre Ud. para impedirle progresar. ¿Tiene Ud. un espíritu avaro? Este es otro peso. Y así podríamos continuar. Podemos tener muchos y diferentes lastres. Pero *el* pecado que fácilmente adereza todo es la incredulidad.

Pablo lo contrasta con personajes nobles de la fe, como Enoc, Noé, Abraham, etc. Todos somos fácilmente vencidos por el pecado de la incredulidad. Ahora, temamos una promesa dejada a nosotros de entrar en su reposo, por miedo a que cualquiera de nosotros parezca no haberla alcanzado. Permítanme leer y probar mi punto de vista; "Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron" (Heb. 4:2). Ven, ellos estaban con problemas de incredulidad. Este era su pecado. Temamos ahora una promesa dejada a nosotros no sea que parezca que no la hemos alcanzado. Y luego Pablo hace una referencia inmediata a la incredulidad de los hijos de Israel como un ejemplo. Entonces, ¿Qué es temer? ¿Qué trae a colación inmediatamente Pablo para ilustrar el tema? ¿Por qué está dudando Israel? Cayeron en la incredulidad. Temamos, no sea que la incredulidad nos rodee también y nos unda en la perdición.

Están aquellos que se consideran a sí mismos extremadamente sabios, cuidadosos y cautelosos; y cuando se hace referencia a cualquier punto se enorgullecen de haberlo estudiado en su profundidad; y dirán, con mucho conocimiento de causa, no acepto un punto hasta que lo he examinado en todas sus partes, y lo he estudiado bien. ¿Pero son tales personas siempre tan profundamente sabias como se imaginan que son? ¿Y para llegar a las conclusiones correctas, y hacer decisiones correctas? No, a veces hay profundos desconfiados.

Tomás era uno de estos. Dijo que no creería a menos que viera las manos de Jesús con las marcas de los clavos, y pusiera su dedo en las huellas de los clavos y colocara su mano en su costado. ¿Qué le dijo el Señor a este desconfiado muy cauteloso? ¿Recomendó él su comportamiento? ¿Acaso dijo: eso está bien, Tomás? ¿No debieras creer a menos que se te ayude para ello? ¿Espera hasta que la evidencia te compela a creer? ¡No! ¡No! sino que dijo, "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron". Qué cortante, aunque misericordiosa respuesta le dio nuestro Señor a Tomás en esa ocasión. El no lo reprendió directa y rudamente, aunque había permitido que el diablo lo llenara con dudas. Ahora tenemos, por la promesa dejada a nosotros, de que nosotros, por la incredulidad, no alcancemos la bendición prometida, como les pasó a los hijos de Israel.

Algunos hombres dicen que no creerán nada hasta que cada objeción sea removida y cada punto aclarado. Pero yo creeré dondequiera que vea el peso de la evidencia. Sólo denme el peso de la evidencia, y estoy allí. Tribunales y cortes tienen que decidir cuestiones sobre el peso de las evidencias, y ¿por qué no nosotros? No me interesa esperar hasta que cada objeción es contestada y cada dificultad es quitada del camino. Es algo temible quedarse atrás tercamente hasta que toda posible posibilidad de duda es quitada. Muéstrenme el peso de la evidencia, evidencia de la Biblia, de la experiencia, de la influencia del Espíritu de Dios, y pienso que siempre estoy seguro de ese lado. Cuando asumo una posición como ésta, que generalmente involucra algo de abnegación y cargar la cruz, creo que cuento con la aprobación de mi Señor. Entonces puedo esperar encontrar la bendición de Dios, suficiente para ver todas las cosas claramente.

Debemos temer, queridos hermanos y amigos, no sea que nuestro amor al mundo nos venza. Debemos temer que no estemos guardando nuestro cuerpo, ni controlando nuestra lengua y teniendo las pasiones en sujeción como debiéramos. Debemos temer respecto a nosotros mismos. Debemos temer nuestra incapacidad de estar firmes, pero nunca temer respecto de la capacidad de Dios para salvarnos. Y mientras nos arrojamos en el polvo y nuestro clamor es, ¡Indigno!, al mismo tiempo podemos cantar, "Digno, digno es el Cordero". Mientras nuestra confianza en nosotros mismos se hace más débil, y vemos que dependemos de Dios para todo, nuestra confianza en el Señor puede crecer más y más fuertemente cada día.

Me es digna de mención la sabiduría que encuentro en el bendito libro de Dios, especialmente en este capítulo que les leí. Síguenme y obsérvenme cuidadosamente, y vean si pueden encontrar en él la belleza que yo encuentro. El capítulo comienza con esta exhortación, Temed, y temblad, y velad sobre vosotros mismos cuidadosamente. Pero ¿saben Uds. que el maligno está siempre listo a tomar ventaja de nuestras mejores calificaciones y esfuerzos, y usarlos para sus propios fines? Tomen, por ejemplo, la ejecución de un canto. ¡Qué es el talento, la voz y el gusto por el canto! ¡Y cuánto, con un uso santificado de él Ud. puede glorificar a Dios! Pero el maligno tiene casi un completo control de casi todo buen cantante. Y hay más almas cantando para el infierno, que para alabar al cielo.

Así que avancemos con temor. Es correcto tener la clase de temor apropiado. Es una virtud. Pero el maligno vendrá, a menos que sea cuidadoso, y trabajará sobre

su inconsciente para arrastrarlo a las dudas, la oscuridad y la desesperación. No hay razón para esto. Tienen una señal suficiente, en el poder de Dios al levantar a Jesucristo de los muertos, de que Dios es capaz de salvarlos. Tienen una señal de su amor en que él es condescendiente en dar a Cristo para morir por ustedes. Es, por tanto, el pecado el que les quita el escudo de la fe y los lleva a dudar, bajo estas circunstancias.

"Temamos", dice Pablo. Pero con el propósito de ayudar al vacilante; y para que no arrojen el escudo de la fe y se hundan en la desesperación, el apóstol asevera en el mismo capítulo, "Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión." [Heb. 4:14] Cientos y miles de cristianos han sufrido porque el maligno puso este temor y temblor en ellos, para pervertir esa íntegra calidad del apropiado temor que todos debiéramos tener y así llevarlos a la duda y la desesperación, y a abandonar su profesión. Sólo escúchenlos hablar de sus crueles dudas:

"Allí, soy tan poco valioso, y tengo tan poca fe, no sirve de nada orar más. No puedo dar mi testimonio en las reuniones, y no sirve de nada hacer más esfuerzos."

Y bajo estos sentimientos dejan a un lado su profesión. Pero escuchen al apóstol: "Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, *retengamos* nuestra profesión." No permitáis que el maligno los conduzca a la desesperación. Tenemos un gran sumo Sacerdote que puede ser conmovido por nuestras flaquezas. Fue en todo tentado como nosotros, pero sin pecado. El está dispuesto y es poderoso para salvar. Temerosos, abatidos, ¡Alzad la vista! ¿Dicen ustedes que no valen nada? Yo respondo, Amén. Así es. Ustedes pueden dejar asentado eso como un hecho. Entonces miren hacia arriba, miren hacia arriba. El es su mediador. Es su intercesor para con el Padre. Ha sido movido con el sentimiento de todas vuestras flaquezas, dolores, llantos, debilidades y sabe bien cómo salvarlos.

Ustedes, ciertamente, han pecado contra Dios. Pueden ser pecadores sin perdón ante su vista. Pero piensen en qué glorioso eslabón todavía los une al Dios de justicia a quien han ofendido. Jesús, que ha sido conmovido con el sentir de sus dolores, es su abogado. Y de todos los seres en el universo, ninguno tiene tanta influencia, de usar un término en común, con el Dios de los cielos como su victorioso y obediente Hijo. Es su muy amado Hijo quien todavía los une al gran Dador de la Ley, y es su mejor amigo. Los ama tanto como para morir por ustedes. Ha probado todas sus angustias. Sabe todo sobre ustedes. Y es a El a quien ama el Padre; y el ruego de este Hijo moverá el brazo del Padre.

El es poderoso. Lo amaremos. Con un brazo se ase del Padre y con el otro alcanza a los pobres pecadores. Bajo estas circunstancias no deben temer o dudar, ni tener miedo de confiar en su gracia. No, nunca.

El apóstol abre este capítulo mediante la incitación de nuestros temores y la agitación de nuestras aprehensiones hasta sus profundidades. El podría bien arrojarlos casi en la desesperación. Y si alguno de nosotros se siente esta mañana casi desesperado al leer este capítulo, Dios estará complacido por esto. Tengamos temor, velemos sobre nosotros mismos con celoso temor, no sea que nos dejemos inspirar por el maligno a pecar contra tan buen Dios. Y mientras tememos, aquí hay un lenguaje de consuelo --

no para el religioso fanático; no para el hipócrita autosuficiente; no para el hombre que siente que tiene almacenada una gran cantidad de justicia, porque si en los libros en el cielo se hace un balance, él tendría un saldo considerable a su favor.

Pablo no tiene un consuelo para tales hombres. Pero tiene consuelo para el hombre que teme que su lengua lo esclavice, que sus manos y sus pies lo hayan hecho desviar del camino. Aquí hay consuelo para los tales, porque el Hijo de Dios sabe cómo simpatizar con los tales. El está asido con una mano del Padre. Y ningún otro ser en el universo tiene tanta influencia con el gran Dios como su divino Hijo. Y, con la otra mano, sostiene a seres pecadores como nosotros. Con tales hechos delante nuestro, es un pecado dudar. Nosotros creemos. Si, tenemos toda la razón del mundo para creer; "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado."

Qué sometimiento de parte del divino Hijo de Dios de descender y tomar nuestra naturaleza para interiorizarse de todas nuestras dolencias, debilidades y lamentos. Sólo piensen cómo el maligno lo llevó hasta el pináculo del templo. Así somos llevados a veces hacia algún pináculo terrenal. No como nuestro Señor; porque el maligno lo llevó allí. Sino que llegamos a exaltarnos, y a ser elevados con orgullo. Pero vean al Señor allí mientras el maligno pone delante de él todos los reinos del mundo y dice, "Sólo tírate abajo y adórame, y todo será tuyo". Cristo resistió esta tentación del regalo de todo el mundo. Pero cuántos están dispuestos a venderse a sí mismos al maligno sólo por una mísera ganancia.

Nuevamente Jesús fue llevado al desierto, y sufrió hambre. El demonio tentó a Eva en la cuestión del apetito. Jesús, para que pueda llegar a ser nuestro misericordioso sumo sacerdote, como asumió la tarea de curar el terrible mal del pecado, es llevado al desierto, y ayuna cuarenta días. Y mientras padece hambre el maligno le hace soportar la tentación del apetito. Pero él sale vencedor. El demonio hizo que los representantes de la raza cayeran por el apetito. Por este medio ha obtenido el control sobre casi toda la raza desde entonces.

Miren al bebedor, asido de sus copas, un esclavo del apetito. Igual el bebedor de té, el que fuma, el glotón. Son esclavos del apetito. El mundo está entregado al apetito. Si las iglesias populares de hoy día desean recaudar dinero para algún propósito, lo hacen mediante la indulgencia del apetito. Un festival de la frutilla, una fiesta de helados, una cena de ostras, o algo semejante es el medio por el cual se apela a la liberalidad de la gente.

Pero nuestro Señor fue llevado al desierto para ser preparado para curar los males de nuestra naturaleza caída. Ayunó cuarenta días. ¡Oh! mis queridos amigos, hay algo en este tema que parece transportarme fuera de mí mismo, totalmente, mientras lo observo en su importancia. Qué razones hay para que velemos con celoso temor sobre nosotros mismos, y qué razones hay para tener confianza en Dios.

Pero, dice alguien, he pecado y soy transgresor, y traspasé sus heridas nuevamente. ¿Cómo puedo tener confianza? Respondemos, El vino a salvar a personas como usted. "Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete,

sino aun hasta setenta veces siete." [Mat. 18:21, 22] Y no sé porque el Señor no perdonará al alma verdaderamente arrepentida tanto como nos pide que perdonemos al errante. Ahora, no se desanimen, amigos, porque han procurado y caído, una y otra vez, y cayeron muchas veces. Cuando hayan caído hasta setenta veces siete, podemos considerarlos como casos sin esperanza.

Pero ¿hay en esta congregación una persona que nunca ha pecado? Si es así, todo lo que tengo que decir es, "El Señor nunca murió por usted y es una pena que no haya sido trasladado como lo fueron Enoc y Elías". Pero El vino a salvar pecadores, y esa es la razón por la que realizó tan infinito sometimiento. Es decir su misión, su obra. Y el Señor, que nunca pecó, toma el alma contaminada, cubierta completamente de pecado, y la purifica, la exalta y la deja pura; y esta es su gloria. Si hay en esta congregación una persona que se considera la más pecadora de todas, mis palabras de consuelo para usted es que venga y deje que Jesús lo limpie de todos sus pecados y lo prepare para el cielo.

Ahora, la conclusión de todo esto se encuentra en las palabras del texto: "Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia". No necesitan ir temiendo y temblando. En el nombre de Jesús pueden ir confiadamente. Aquellos a quienes perdona más ama más. Aquellos que han sido los más grandes pecadores, y vienen a él con arrepentimiento, encontrarán perdón proporcional a sus pecados. Las bendiciones serán proporcionales a los errores cometidos. ¿Es usted un gran pecador? Entonces se lo llama a un gran arrepentimiento, y entonces le será concedido un gran perdón y una gran bendición.

Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia. No debemos venir ni descuidada, ni pomposa ni presuntuosamente. La gente a veces ora como si Dios estuviera grandemente endeudado con ellos, como si ellos hubiesen hecho un gran negocio para el Señor. Señor, bendíceme; he hecho tanto por ti. Esto no es una confianza santa. La confianza es una consecuencia del carácter de nuestro Mediador. No hay ninguna razón en ustedes mismos por la que deban pedirle que perdone sus pecados; sino que las razones se encuentran todas en Jesucristo. Ustedes tienen un Sumo Sacerdote que puede ser alcanzado por los sentimientos de todas sus debilidades. Esa es la razón de porqué pueden acercarse al trono de la gracia con confianza. ¿Han pecado? Vengan confiadamente al trono de la gracia, para que puedan obtener misericordia, y encontrar gracia que los ayude en momentos difíciles.

¡Gracia en momentos de necesidad! Hay muchos que profesan una religión, que, cuando no están con una necesidad especial, cuando no sienten que tienen necesidades especiales, crecerán indiferentes en cuanto a ofrecer peticiones de ayuda a Dios. Pero cuando son puestos en estrecheces, en estados de ansiedad y angustia, entonces orarán. Ilustraré esto mediante lo que presencié en un barco en mi viaje de Portland, Maine, a Boston, Massachussetts. Una tormenta se estaba levantando, y el mar estaba picado. Hice notar al capitán que se estaba volviendo bastante picado. "Sí", dijo él, "pero todavía estamos tratando de resistirlo" --la frase de un marinero para calmar los temores de los pasajeros. Pero él conocía que había peligro. Descendí para ver si la Sra. White estaba bien. Volví a mencionar la agitación del mar. "Sí", dijo ella, "Pero Dios nos protegerá". Muy pronto el candelabro se vino abajo provocando un griterío

entre la gente. Los muebles comenzaron a bambolearse y el mayordomo sostenía la vajilla para que no se hiciera pedazos en el piso.

Antes de este momento, habíamos notado la presencia de un muchacha muy ruda a bordo. Había sido liviana y descuidada en su conversación; pero, a medida que la tormenta arreciaba, comenzó a clamar por misericordia. Se acercó a mi esposa y le preguntó si no tenía temor. "No", dijo mi esposa, "si mi obra está hecha, terminaría mi vida aquí como en cualquier parte; pero no tengo temor; no creo que mi obra esté hecha". Y así la asustada muchacha fue de uno a otro expresando sus temores, y apretando angustiadamente sus manos. A la mañana siguiente la tormenta terminó; y cuando llegamos al muelle, ella estaba tan liviana, atolondrada y frívola como siempre. Y al descender a tierra exclamó "Gloria a Dios, estoy salva ahora". Esto lo dijo como una frívola burla a sus propios temores.

Este puede ser un caso extremo, pero ilustra la regla general. La gente no orará hasta que haya peligro; y cuando el peligro pasó, son tan triviales como siempre. Esta es una regla equivocada. Vayamos a buscar gracia para el momento de necesidad. Puede que ustedes necesiten gracia especial de aquí a una semana. Estos ministros presentes puede que se vean en aprietos por la oposición de sus adversarios, y necesitarán ayuda. Ahora, no dejen de orar por gracia hasta que llegue el momento; sino que oren por ella ahora. Dejen que sus oraciones se eleven, aunque no necesiten de dotaciones de gracia justo en este momento. Toda oración que puedan clévenla al cielo; y, a través de ella, cuando la hora de la prueba venga, vendrá también la ayuda necesaria.

No sé si en toda mi experiencia haya sido testigo de algo que ilustre mejor mis puntos de vista que un incidente que ocurrió en el verano del año pasado. Estaba junto con el hermano Andrews. Viajamos del congreso de la Asociación General a Greenville muy débiles y desalentados. Nos preguntábamos uno al otro qué debíamos hacer en favor de la causa. El hermano Andrews y yo caminamos de bosque en bosque y de lugar en lugar, meditando y considerando esta cuestión, y orando por fortaleza y ayuda. Yo estaba muy débil, muchas veces teniendo apenas fortaleza física para sostenerme a mi mismo. Y no me di cuenta de que Dios nos bendijo especialmente. Finalmente decidimos fijar el encuentro campestre de Wright. Regresé a Battle Creek, luego pasé un sábado en Monterrey, y así hasta el encuentro campestre. Y allí fuimos testigos de la bendición especial y el poder de Dios. Hay algunos aquí que testificarán que Dios nos bendijo en aquel encuentro. Tal poder difícilmente había visto en mi vida. Dios estaba respondiendo nuestras oraciones que habíamos hecho unas semanas antes. Y la respuesta vino justo cuando la necesitábamos.

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para obtener misericordia y hallar gracia que nos ayude en momentos de necesidad. "¿Por qué", preguntará alguno, "he estado orando por la bendición de Dios ya hace una semana y no ha contestado ni una de mis oraciones?" Pero ¿cómo sabe usted que el no ha sino aceptado sus oraciones y que en el momento adecuado la bendición llegará, justo cuando usted más la necesita?

"Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia." Un trono da por supuesto un reino. Entonces ¿no hay un reino de gracia? Mi mente se detiene aquí. Si

hay un trono de gracia, hay un reino de gracia. Yo lamento que los adventistas hayan trabajado tan arduo, tan tenazmente para sostener la idea que las Escrituras, al hablar del reino de Dios y del reino de los cielos siempre, en una u otra forma o en un sentido u otro, se refieren al reino eterno de Dios --el quinto reino de gloria de Dios, que será establecido después de que todos los reinos terrenales sean destruidos, cuando la nueva Jerusalén, la capital del quinto reino, descienda del cielo de Dios, y el reino y el dominio debajo de los cielos sea dado a los santos del Altísimo. Cuando ustedes oran, "Venga tu reino", están orando por ese reino. Y cuando Santiago dice, "No ha elegido Dios a los pobres de este mundo. . . herederos del reino," se refiere a ese reino. "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre." [Mat. 13:43] Pero no debíamos intentar aplicar todas las expresiones con referencia al reino, al futuro reino.

Repito ahora lo que ya dije antes. Hay dos ordenaciones con referencia al pueblo de Dios, a las que las expresiones reino de Dios y reino de los cielos se aplican. Algunas veces se refiere a una de estas ordenaciones, otras veces a otra. A estas dos relaciones de Dios y Cristo con su pueblo, llamaré respectivamente, el reino de gracia y el reino de gloria. El reino de la gracia existe ahora. El reino de la gloria es futuro.

Pero en ningún sentido adopto la posición de que el reino de la gracia fue establecido en el primer advenimiento de Cristo. En ningún sentido, sea cual fuere, fue establecido entonces el reino. Yo me refiero a que hay un reino de gracia, y por tanto que hay un trono de gracia al cual podemos ir confiadamente. Pero ¿cuándo fue establecido ese reino? Retrocedamos al momento cuando la gracia fue ofrecida por primera vez al hombre pecador. Adán y Abel estaban en el reino de gracia tan completamente como los apóstoles. Daniel pudo acercarse al trono de gracia, tanto como nosotros podemos hoy. Pero el tiempo no me permite decir todo lo que deseo sobre este tema. Leeré, no obstante, unos pocos versículos del primer capítulo de Colosenses: "Por lo cual", dice Pablo en el verso 9, "nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad." "Si algún hombre hace su voluntad," dice Cristo, "conocerá la doctrina". Pablo continúa "en toda sabiduría e inteligencia espiritual". ¡Oh, si estuviéramos allí hoy! "Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra." ¡Oh, si hubiera en nosotros un deseo imperecedero de llevar fruto en toda buena obra! "Y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo."

Aquí hay una expresión que creo se aplica a la experiencia cristiana. Aquí hay una liberación del poder de las tinieblas. Esto no tiene nada que ver con la resurrección de los muertos. Es una liberación que cada cristiano puede efectuar aquí; y esta liberación es una parte de su experiencia cristiana.

Siendo trasladado al reino de su amado Hijo. Aquí hay una obra, también, de la experiencia cristiana, ser trasladado al reino de la gracia. Muchos están bajo el poder de las tinieblas, rendidos a los poderes de un corazón no santificado. Podemos ser

librados de todo esto, y trasladados al reino de su amado Hijo.

Pero vayamos al siguiente punto. Pablo continúa: "En quien tenemos redención". Aquí, puede decir alguien, es algo futuro. ¿Está seguro de esto? Hay dos redenciones, una del pecado o redención moral; y hay una redención física de los muertos por medio de la resurrección. Pero Pablo habló de la redención del pecado. "En quien tenemos redención por su sangre, *el perdón de pecados*". Esto es suficiente. Todo culmina con el completo perdón de pecados. Y Juan, entonces, en la isla de Patmos, podía decir, "Yo, Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo." El estaba allí exiliado, como un criminal, por hacer lo correcto. Su destierro sólo lo colocó un poco más cerca de Dios. ¿En tribulación? Sí. Y en el reino, recibiendo las bendiciones del reino de la gracia en el más alto sentido mientras estaba en la isla de Patmos.

Este tema es glorioso, pero no agregaré más ahora. Permítanme exhortarlos a buscar esa plenitud, esa riqueza de experiencia que es presentada aquí por Pablo a los colosenses, cuando él habla de que seamos "llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría e inteligencia espiritual. . . agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra". Amén.

-- De la *Review and Herald*, del 5 de agosto de 1873.